



Garibaldi

(FRAGMENTO)

Así como sobre la tumba de Hugo pudo inscribirse:— *Aquí yace el último Poeta*, si este nombre de poeta ha de tomarse en sentido homérico o dantesco: de algo hierofántico, épico, secular, así sobre la tumba del Libertador de Italia yo inscribiría:— *Aquí yace el último Héroe*. Pero entiéndase la acepción que yo doy a tal palabra. Mi concepto del Héroe no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. *El Héroe* es para mí el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior a la razón: la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate o levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es Héroe; San Martín no es Héroe. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es Héroe. Falta para que lo sea, a su alrededor, la aureola deslumbradora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobrenatural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo e inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo desconocido.

Garibaldi: tipo de héroes; personificación, la más cumplida y fiel, del *quid* heroico.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ,

El Mirador de Próspero

UN libro de Rodó es un don raro, una etapa literaria, un acto de fe en la virtualidad artística de nuestra raza. Representa en nuestra incipiente literatura más que un ensayo de Renán en la plenitud de las letras francesas o una disertación de Walter Pater en el mundo inglés poblado de cantos y de ideas. Es un esfuerzo solitario en democracias bárbaras. Le saludan como a maestro cuantos confiesan su provisoria labor frente a los libros magistrales del escritor uruguayo.

El Mirador de Próspero no es obra orgánica. Demasiado rico de páginas, hubiéramos querido que sus editores le dieran otra forma y encerraran en dos volúmenes esos asuntos tan ricos y diversos. Han reunido ensayos, prólogos, libres comentarios al margen de la vida, interrogaciones angustiosas y evocaciones serenas, dulce arcaísmo, himnos al porvenir. Este libro *sobre la perspectiva indefinida* como quiere hacerlos ahora el maestro admirable, nos revela mejor que *Ariel* o *Los motivos de Proteo* a un Rodó integral, crítico y pensador, conferencista y ensayista, poeta a quien la naturaleza habla siempre el lenguaje del espíritu, para quien el ideal lírico sería *cincelar con el cincel de Heredia la carne viva de Musset*; prosador incomparable, rotundo y sutil, musical y profético, que ha sentido todas las voluptuosidades en la lucha con las palabras—*esos monstruos minúsculos*— que lo exaltaba como una *desesperada contienda por la fortuna y el honor*.

Nada le es extraño en el diverso escenario del mundo; ni el fervor de los caudillos ni la música de los poetas, ni el tumulto de la lucha obrera, ni el tesón benedictino de los eruditos. Atento a todos los rumores de la tierra mudable como su Proteo simbólico vive en la menuda realidad circundante y en el vasto mundo de las ideas y de las formas. Desinteresado y nobilísimo, indiferente a toda presión, hostil a todo jacobinismo, parece que a medida que avanza hacia la grave mitad de la vida, llega a su obra, como un sol de otoño, la serenidad de Goethe. Ni indiferencia ni pasión agresiva: curiosidad benévola y simpatía universal. No es suya la muelle ironía de Renán, sino el calor de una fe

invulnerable. Las gracias le concedieron aun en la sonrisa de su prosa, una leve apariencia magistral, la nobleza de una autoridad indiscutible. En él no separamos al escritor del hombre: su vida sin claudicaciones; su erudición honrada, precisa sin vanidoso apresuramiento, la perpetua elevación de sus ideas, platonismo elegante sobre el tráfago vulgar, le conceden en nuestra América doble superioridad intelectual y moral.

¿Qué preferir en *El Mirador de Próspero*, cómo señalar la obra suprema, la cumbre insuperable para una inteligencia en plena robustez? Si algo debiéramos de separar, sería algunos estudios definitivos sobre Juan Carlos Gómez, sobre Bolívar, Montalvo, y Juan María Gutiérrez. En reciente entrevista anuncia Rodó que prepara nuevos escritos de este género, perfiles de escritores y de caudillos, de Martí, quizás de antiguos cronistas como el inca Garcilaso o de formidables conquistadores. Bello proyecto que nos dará páginas que nadie sino él pueda escribir. Su estudio sobre Montalvo me parece igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo de estudiar la época y el hombre. Desde Montevideo ha reconstruido Rodó el medio ecuatorial, con erudición e intuición sorprendentes. Las páginas en que analiza el arte literario de Montalvo son de las mejores que escribiera el maestro, y no creemos que haya en la España actual quien pueda superarlas.

Dos corrientes literarias se juntan en América: la una más adecuada a la tierra ancestral, indisciplinada, abundante, a veces bárbara; la otra que tiende a la elegancia académica, armoniosa, selecta, clásica, rica de ideas. En esta última que podría derivarse de Bello, culmina José Enrique Rodó. Diríase que los esfuerzos anteriores iban preparando su obra, como anuncia al vástago glorioso la lenta ascensión de una familia secular. Desde *Ariel* figura el ilustre uruguayo fuera de las ondulaciones de la moda y de las sonoridades de la réclame, como director intelectual de una época.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.



Mirando jugar a un niño

(Paráfrasis de Rodó)

I

Jugaba el niño, en el jardín,
con una copa de cristal
que, en el límpido ambiente de la tarde,
un rayo de sol hería.

Manteniéndola en alto, no muy firme,
en la una mano, golpeaba
acompañadamente con un junco
que traía en la otra.

Después del toque se quedaba atento
inclinando gracioso la cabeza,
y las ondas sónicas,
como nacidas de un vibrante trino
de pájaro
se desprendían del cristal herido,
suaves, y agonizaban en los aires.
Prolongó así su improvisada música
hasta que, en un arranque de voluble,
cambió el motivo de su juego;
se inclinó a tierra,
y de la arena limpia del sendero,
que recogió en el hueco de ambas manos
fué vertiendo en la copa hasta llenarla.
Terminada esta obra,
la desigual arena de los bordes
alisó, por primor.

No pasó mucho tiempo
sin que de nuevo el arrancar quisiera
voz al cristal de fresca resonancia;
pero el cristal, enmudecido,
cual si hubiera emigrado de su seno
afiáfanó un alma,
a los golpes del junco
no respondía más que con un ruido
de seca percusión.

Gesto de enojo el incipiente artista
tuvo para el fracaso de su lira;
tal vez hubo una lágrima en sus ojos
más la dejó en suspenso.

Miró a su alrededor como indeciso;
detuvo al fin sus ojos húmedos
en una blanca flor pomposa
que a la orilla cercana de un cantero,
meciéndose graciosa
en la rama que más se adelantaba,
parecía
rehuir la compañía de las hojas,
como en espera de atrevida mano.

Sonriendo el niño fué a la flor,
pugné por alcanzarla,
hasta que aprisionándola
con la gentil complicidad del viento
que en un instante hizo abatir la rama
la colocó en la copa de cristal,
vuelta en ufano búcaro,
el tallo endeble asegurando
con la arena que había sofocado
su alma musical.

Orgullosa, después, de su desquite,
levantó cuanto pudo
muy en alto la flor entronizada,
y paseola como en triunfo por
entre la muchedumbre de las flores.

II

¡Sabía filosofía, candorosa
la del niño! ¡Las veces que en la vida
hemos roto la copa enmudecida,
sin coronado haberla con la rosa!

Tú que vas con la frente ensombrecida
y el alma como una Dolorosa;
tú que elevas la mano temblorosa,
apenas sujetándote la herida;

tú que vas iracundo, tú doliente,
y aquél de más allá, y el otro y otros;
ved lo que la parábola atesora:

Nunca rompáis la copa torpemente.
Tal vez esté muy cerca de vosotros
la suspirada flor reparadora . . .

ISMAEL URDANETA.

Días grises

Días grises a la orilla del mar.

No sé de nada más reparador, nada más dulce que saborear los días grises, en horas, sin tintas cambiantes que en el océano y el cielo, como adormecidos, parecen reflejados, fundirse en algo vago, lejano, una cortina de gasa flotante que ocultase el infinito.

Los barcos anclados, inmóviles, semejan nuevos cuervos marinos, que se ciernen sobre las aguas. Se adivina el sol por los resplandores nacarados que platea a intervalos el gris.

Las altas escarpas destrozadas pierden sus contornos y ya no se ven aparecer esas sombras macizas que se alargan sobre las rocas tapizadas de ovas, y sobre los charcos profundos en que las anémonas marinas dilatan sus pétalos babosos.

El aire en calma tiene sonoridades que se prolongan como ecos. Las olas, apenas onduladas, se quiebran sin fuerza en la arena desconocida, como el cielo y el agua.

Son los instantes de tranquila melancolía, en que se intenta resucitar los ensueños muertos del pasado, en que se busca el tormento exquisito del recuerdo, en que ya no se siente la fuerza del dolor.

Mejores que los tórridos mediodías de agosto, en que el sol flamea en medio de los trigos maduros; en que se ocultan las aves bajo las hojas incendiadas; mejores que las albas de abril, en que las flores de los cerezos se esparcen como una nieve odorante por los caminos de yerba salvaje; mejores que los crepúsculos violeta en que la luna sube como un globo rosa por detrás de las colinas; días lentos y muelles que matan el corazón y adormecen el ser.

Diríanse los brazos envolventes de una mujer que hubiese venido decidida a los adioses de la ruptura; y que, no atreviéndose a pronunciar las palabras crueles, hundió su cabeza blonda, llorando, en nuestros brazos tendidos hacia ella.

PAUL BOURGET.

El crepúsculo

(Traducción de Olegario Andrade)

Gime la fuente y fúnebre sudario
envuelve el horizonte;
mudo se extiende tras el alto monte
el valle solitario;
siniestros y tranquilos
alzan sus ramas lúgubres los tilos.
¿No véis al través de ellos
brillar de amor la estrella vespertina,
y jugar sus pálidos destellos
en la cumbre de la árida colina?

Vosotros que adornados de guirnaldas
pasáis entre las sombras suspirando,
¿sois amantes felices?
Brillan en las tinieblas sueltas faldas,
despiértase la hierba y rumor blando
melancólico zumba.
Fresca y lozana hierba ¿qué le dices
a la callada tumba?

¡Amad!—dice la hierba. ¡Amad!—la fosa
¡Amad! ¡Vivid un día!
Triste es la sombra, y fría
la altivez del ciprés de negros ramos.
La mejilla de rosa
busca el labio de fuego;
el amor y la luz nacen hermanos.
Amad, que ya el crepúsculo se acerca.
Amad, mientras nosotros meditamos.

Dios encendió de la pasión la llama:
al mundo celos da vuestra ventura.
¡Oh amantes que pasáis bajo los tilos
alegres y tranquilos,
todo el amor que en vuestro pecho queda
se convierte en plegaria santa y pura
cuando feroz la muerte nos arrastra
hacia la tumba obscura!

El seco polvo que el sepulcro encierra
beldad fué ayer y aun el amor lo abrasa.
Las brisas turbulentas de la tierra
de la hierba los vástagos agitan;
el soplo de Dios pasa
y tumbas y cadáveres palpitan.

De la humilde morada campesina
envuelve el pardo techo la neblina,
sueña en el valle que pesado huella
del segador cansado el paso lento,
y, flor de luz, la esplendorosa estrella
su radiante fulgor puro destella
en el cristal azul del firmamento.
¡Gozad, reíd! Mañana será tarde.
Es la estación de amor. Se esconden rojas
las tiernas brisas en las verdes hojas,
y el ángel pensativo de la tarde,
a merced de los vientos desatados
va indeciso y recoge confundidos
la oración de los labios apagados
y el beso de los labios encendidos.

VÍCTOR HUGO.



Eternidad

(Traducción de Fidel Cano)

Escucha, oh tú, viviente del sepulcro,
viviente de lo eterno, Jehová,
Dios, resplandor inmenso, inextinguible,
rayo que nada eclipsará jamás!
Para crear tinieblas, noche, muerte,
han alzado los hombres en mitad
de dos siniestros, fúnebres pilares,
el triángulo—tu símbolo inmortal—.
¡Ay! Y la turba, el negro pueblo unánime,
que ve resplandecer tu claridad,
sin que áspero sudor las frentes broten
sin llenarse de espanto, sin temblar,
asiste al espectáculo horroroso
que ofrecen como fiesta a la ciudad
los que, invocando la verdad, castigan
el crimen (lo que así quieren llamar),
haciendo descender sobre la vida
oh terror, la sombría eternidad.

VÍCTOR HUGO,
Derechos reservados

El cantador

¡Qué título augusto, qué nombre ideal para un viviente: el cantador!

¡El hombre que canta! Este verbo cantar es sagrado; como el verbo florecer o el verbo resplandecer. La luz, la flor y el canto son modalidades musicales de la Naturaleza. El canto las abraza todas; es la más amplia. Los ritmos silentes del universo se traducen por el son en los ritmos del canto. Cantar es divinizar el sonido. La vida entera es la armonía entera. Los glóbulos de la sangre y los glóbulos astrales se mueven por música. Un sol es un órgano, y la luz una sinfonía esplendorosa. El prisma la descompone; la óptica, la describe; pero sólo la define el canto. El canto, matemática viva, es el revelador de la Naturaleza, la lengua suprema del Universo.

¡El cantador! ¡Qué nombre ideal para un destino! ¡Ser el cantador, ser la voz del agua y del viento, de la roca y de la floresta, de los hombres y de los monstruos, de los infusorios y de los soles, de las nebulosas y de los átomos! ¡Cantar la risa, el beso, la mirada, el dolor, la lágrima! ¡Cantar la sangre impetuosa, las savias genésicas, los fluidos radiantes, los mares vitales, las electricidades creadoras! Cantar las formas y las esencias números que dicen ideas, líneas que describen espíritus —¡Cantar la marcha heroica y fúnebre del lodo para el gusano, del gusano para el tigre, del tigre para el hombre, del hombre para el ángel, del ángel para Dios! ¡Cantar el Gólgota del Ser, la Pasión del Vivir, la cruz eterna y formidable que la Naturaleza lleva sobre los hombros! Cantar, en fin, el Cristo-Universo, engendrado en el dolor y redimido por el amor. Y el Cristo-Universo cantarlo al Universo entero, desde la ceniza de la planta hasta el polvo de los astros infinitos.

¡Ser el cantador! No tener otro nombre, ni madre, ni hermanos, ni padres, ni patria, ni albergue. ¿Quién eres? ¡El cantador! ¿Quién te creó? La vida inmortal. ¿Dónde naciste, dónde moras? En la vida inmortal ¡Y el último suspiro mandarlo a la vida inmortal en el último canto!

¡Ah, cómo te envidio, mi pobre y humilde cantador de Setubal! Tú has sido, en tu ignorancia, el alma lírica y luminosa de los desheredados y de los simples. Fuiste el eco risueño de sus alegrías,

la voz amorosa y dulce de sus desalientos y pesares.

Canto de cuco, siempre el mismo canto sincero y monótono... ¿Qué importa? La raíz chupa del lodo la flor que nació en las ramas. Tú, del lodo de la vida extrajiste la canción, que es la flor en música. Pero la flor nace de año en año y tú andas florecida hace más de medio siglo. ¿Qué primavera tan continuada! ¡Eres el cantador! Hace más de medio siglo, al ritmo de tu mazo martillando en el escoplo, aparejaste barcos y canciones: barcos llevando esperanzas y miserias, canciones llevando lágrimas y risas. ¿Y qué son los barcos sino armonías flotantes? Unos en aguas cristalinas se deslizan como idilios; otros como epopeyas, surcan vorágines y tormentas. Bajo el esplendor de los ocasos otoñales recuerdo haber visto en bahías yermas galeras melancólicas, de contorno sinuoso, con los mástiles desnudos y fugitivos, destacando aéreamente, a la luz ideal, las cuerdas leves y purísimas. No son navíos, me decía; son arpas boyantes, arpas gigantes que flotan. Arpas de sueño, para dedos de sombra y misereres de rayos de luna...

Pero ahora me percato que, sin darme cuenta, estoy cantando y tú no percibes mi canto. He de hablarte con simplicidad para que me entiendas.

No sabiendo leer ni escribir, eres un gran poeta, mi ignorante e ignorado cantador de Setubal. Los grandes poetas son los grandes hombres, y la grandeza humana, a los ojos de Dios se mide por la virtud, por la inocencia, por el juicio verdadero de nuestra alma; por la ternura infantil de nuestro corazón.

Tu bondad, viejo amigo, se exhala de tus canciones sin arte, como un aroma delicioso de un rosal inculto que nació entre piedras. El vicio no te manchó; el crimen no te deshonró. Ganaste, con el sudor de tu frente, el pan cada día; con el alma en Dios, abriste la mirada a todas las auroras, y todas las noches, tranquilo, te has dormido en la misericordia del Señor. Te arrancaron lágrimas piadosas los tormentos del Mundo: guerras, hambres, martirios, desastres miserias, iniquidades. Has maldecido a la soberbia, y escupiste en el mal y en la tiranía.

Bondad ingenua, santa pobreza, clara alegría, son el resumen simple de tu vida. Bien pocos mortales en su última hora podrán decir lo que tú dices.

Sí. En la balanza invisible del amor y de la igualdad, acaso pesarán más tus canciones de alfabeto que muchos poemas ya consagrados por la historia.

Más grande que yo eres tú, sin duda alguna. Más grande, porque eres mejor. Tú fuiste bueno continuamente; y yo, queriendo serlo muchas veces, pocas lo fui en realidad. Te venero Venero en tí la belleza única: la belleza moral. ¡Cantador humilde, viejo cantador, en pago de mi afecto, mándame desde lejos tu bendición!

MANUEL GUERRA-JUNQUEIRO.



En la escuela

Sobre el pupitre escriben
en silencio inclinados
los niños; el maestro
desde el alto sitio,
los vigila y repasa
cuadernos terminados
poniendo al márgen notas:
«Fulano bien o mal.»

De pronto llora un niño.
Es huérfano.—¿Qué pasa?
—dice el dómine al punto.
—Señor ¿qué ha de pasar?
Es que Pedro me ha dicho
que yo no tengo casa,
y que mamá fué mala,
y que me va a pegar.
—¡No es cierto! ¡Yo no he sido!
—¡Señor!—¡Basta, insolente!
¡Castigado te quedas
para que injustamente
no acuses otro día!
—¡Perdón, señor, perdón!

Continúa el maestro
sus notas y sus nombres,
y los niños riendo
como si fueran hombres,
vuelven la espalda al huérfano,
que llora en un rincón.

GUILLERMO MONTAGU,

Derechos reservados

Mors amor

Ese negro corcel cuyas pisadas
oigo, al soñar, cuando la luz decrece,
y pasando a galope se aparece
entre nieblas de sombras amasadas.

¿Do va? ¿De dónde viene? ¿Qué sagradas
regiones ha cruzado, que parece
tenebroso y sublime, y le estremece
no sé qué horror las crines agitadas?

Un caballero de expresión amable
y de apariencia dulce, pero fuerte,
vestido de armadura formidable,

impávido cabalga sin temor.
El corcel negro dice: *Soy la Muerte.*
Responde el caballero: *Yo el Amor.*

ANTERO DE QUENTAL.



Encantamiento

A las orillas de la mar serena
un pastor infantil, hora tras hora
hace llorar, con voz arrulladora,
su doble flauta de silvestre avena.

Es una inaprendida cantilena
que por la muerte de los dioses llora,
mientras el mar con su oleaje enflora
de jazmineros el playón de arena.

Un barco pescador en el distante
azur, mancha los pálidos confines
que surcaron las velas de los nautas,

mientras a flor del piélagos espumante
su dorso rosa agrupan los delfines
suspensos del hechizo de las flautas.

EDUARDO CASTILLO.

Recuerdo

Los ojos del agonizante se llenaron de tinieblas y sintió que la muerte estaba próxima: entonces queriendo ver una vez más la vida, comenzó a mirar hacia atrás.

Una larga teoría de rostros pasaba ante sus ojos y cada uno de ellos guardaba un recuerdo de dolor o de voluptuosidad; pero como los recuerdos de dolor predominaban, el moribundo pensaba que no había motivo para deplorar el no volverlos a ver más.

De pronto, empero, surgieron dos ojos cinti'antes de entre la multitud de rostros: los reconoció, y apartando los demás fantasmas, ya no quiso mirar sino esos dos ojos.

Eran los de un viejo mendigo a quien en una noche fría había cedido su manto.

Entonces comenzó a deplorar que fuese ésta la última vez que hubiera de recordar esos ojos y que ya no los volviera a ver nunca después de su muerte.

KAZIMIERS-PZERWA-TEIMAJER.



El despertar de un Dios

(Versión de Antonio de Zayas)

La cabellera al viento, la mirada sombría e hinchadas las gargantas por un sollozo intenso, las mujeres de Byblos, el corazón propenso a claudicar, conducen la lenta teoría.

Porque en lecho mullido por anémonas, fría la piel y de los ojos inmóvil el cristal denso, reposa perfumado con aromas e incienso el joven que a las vírgenes sirianas sonreía.

Hasta la aurora dura la triste melopea. Mas de pronto despiértase a la voz de Astartea el esposo a quien unge la mirra generosa.

¡El joven resucita con su beldad por veste!
Y el cielo en flor semeja como una enorme rosa que en su sangre ha teñido un Adonis celeste.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Armonía lunar

EN la tranquila y recatada estancia
de áureos brocados y de roja alfombra
un manojo de rosas su fragancia
al aire daba, en la naciente sombra.

Suelto el rubio cabello, blanca y leve,
apareció la virgen soñadora,
y semejaba como airón de nieve
besado por un rayo de la aurora.

En la penumbra medio oculto el piano,
confidente de sueños, se veía,
como aguardando conocida mano,
mensajera del ritmo y la armonía.

... Y las notas vibraron. De la luna
que desceñía sus flotantes velos,
un rayo entró a la estancia, como una
indiscreta mirada de los cielos.

Al oro de los cuadros dió fulgores,
brilló en las colgaduras de brocado,
hizo en la sombra resaltar las flores,
y cayó... como un beso en el teclado.

Y el rayo de la luna y las ignotas
cadencias se fundieron en fragancia...
Surgían, como luz, las claras notas
y la luz... era música en la estancia.

Y en la calma, a los sueños oportuna,
el corazón absorto no sabía
si era cadencia el rayo de la luna,
o era rayo de luna la armonía.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



De El Jardín de Epicuro

Conocí en otro tiempo a un antiguo senador de la República. que, durante su juventud, había conspirado en todas las sociedades secretas contra Carlos X, provocado sesenta motines bajo el gobierno de Julio, y ya viejo, había tramado complots para derribar el Imperio y tomado parte activa en tres revoluciones. Era un anciano tranquilo, que observaba en los debates de las Asambleas una dulzura apacible y sonriente. Parecía que nada podría turbar ya en adelante su reposo con tantas fatigas conquistado. Respiraba paz y contento. Sin embargo, un día le ví indignado. El fuego, que durante mucho tiempo se creía extinto en él, brillaba en sus ojos. Desde una ventana del palacio observaba un grupo estudiantil que hacía irrupción en los jardines del Luxemburgo. La vista de aquel indócente motín le puso furioso.

—¡Tal desorden en la vía pública!—gritó, trémulo de cólera y de temor.

Y llamó a la policía.

Era un hombre excelente; pero, después de ocasionar no pocos motines, ahora tenía miedo hasta de su sombra. Los que han forjado revoluciones no pueden soportar que otros las hagan después de ellos. De igual suerte los viejos bardos que han introducido cualquier cambio poético, no quieren que luego se altere nada. En eso son hombres. Es doloroso, cuando no somos muy sabios, ver la vida continuarse y sentirnos precipitados en el eterno derrumbamiento de las cosas.

Poeta, senador o zapatero, nos resignamos mal en no ser el término definitivo de los mundos y la suprema razón del universo.

ANATOLE FRANCE.



RENUNCIACIÓN

¡Oh Siddharta Gantama! Tú tenías razón:
las angustias nos vienen del deseo; el edén
se encuentra en no anhelar, en la renunciación
completa, irrevocable, de toda posesión:
¡quien no desea nada, dondequiera está bien!

El deseo es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan, renacen para nuestra tortura;
el deseo es el padre del esplín, de la hartura,
y hay en él más perfidias que en las olas del mar.

Quien bebe como Diógenes el agua con la mano,
quien de volver la espalda al dinero es capaz,
quien ama sobre todas las cosas el Arcano,
ese es el victorioso, el fuerte, el soberano,
y no hay paz comparable con su perenne paz.

AMADO NERVO.



La flor de Clori

Aquesta humilde flor que en la campiña
primaveral cogí para mi amada,
pondré en su cabellera perfumada
que es el don más precioso de la niña.

Cuando su talle con dulzura ciña
al terminar nuestra égloga encantada,
la he de decir con voz emocionada,
aunque, vertiendo lágrimas, me riña:

«Adiós, Clori gentil de rosa y nieve:
nuestros ratos de amor fueron tan cortos
que mucho vivirá esa flor tan breve.»

Mas, aumentando nuestra amarga angustia,
la miraremos, de repente, absortos
rodar al césped, deshojada y mustia.

JUAN RAMÓN MOLINA.

De la emoción fugitiva

HA DE SER

Una filosofía,
consoladora y buena,
te dice:—Cada día
trae su goce o su pena,
y pensar en mañana es basar sobre arena
¡Y de ahí tu alegría,
como de ahí mi pena!

REVERDECE

Rama triste
retorcida de dolor,
ya primavera te viste
de verdor.
Abril perfumado avanza,
vuela el pájaro cantor,
y es color de la esperanza
tu color.

FUE

¡Oh, cuán breve primavera!
Ayer, era,
hoy, no es ya;
fué la dicha pasajera
que se va
Fué lo porvenir soñado,
que, casi sin ser presente,
brevemente
es pasado.

ARTE POR EL ARTE

Arte por el arte alumbró la estrella,
ignora que brilla, y luce y es-bella.
Arte por el arte ábrese la rosa;
y alegre y perfuma la rama espinosa.
Y de su divino frescor inconsciente,
en el prado oculta, borbotó la fuente.
Tú, de la belleza siempre desdeñosa,
a modo de estrella, de fuente y de rosa,
cuando ésta perfuma y borbotó aquella,
y lejos, muy lejos, la otra destella,
tienes el encanto de sentirte hermosa
sin buscar la gloria de llamarte bella.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Saber sufrir

No es verdad, como demasiado voluntariamente lo admitimos, que debiendo una desgracia ser conocida tarde o temprano, nuestro único deber sea divulgarla lo más pronto posible; pues existe gran diferencia entre una desgracia aun flagrante y aquella que el tiempo ya ha amortiguado. No es verdad, como lo admitimos sin lugar a duda, que haya una especie de concordia en no anunciar inmediatamente, a aquellos a quienes debe aterrar, la mala noticia que sabemos. Al contrario, lo cobarde es desembarazarse de ella prontamente, y no soportar todo su peso, solos y en secreto, durante el mayor tiempo posible. Cuando llega una mala noticia nuestro primer deber es aislarla, impedir que se divulgue, hacernos sus amos, y como a un malhechor o a una enfermedad contagiosa, cerrarle todas las puertas, montar guardia a su alrededor y ponerla en la imposibilidad de salir y de hacer daño. No se trata, como lo creen los mejores y más prudentes de nosotros, de introducirla con mil precauciones, a pequeños pasos afelpados, oblicuos y medidos, por la puerta de atrás de la vivienda que debe devastar; se trata de prohibirle formalmente la entrada y de tener el valor de encadenarla en nuestra propia vivienda, aunque nos la llene de reproches y de recriminaciones injustas e insoportables.

En lugar de convertirnos en el eco complaciente de sus gritos, no pensemos en otra cosa que en ahogar su voz. Y así cada hora que pasamos en coloquio impaciente y penoso con la odiosa prisionera, será una hora de lágrimas que tomaremos a nuestro cargo y de la cual libramos a la víctima del destino. Es casi seguro que la maléfica reclusa acabará por escapársenos; pero en esto hasta los minutos tienen importancia, y no hay ganancia que tengamos el derecho de despreciar, por mínima que sea. El reloj que marca las fases del dolor es mucho más exacto y escrupuloso que el que marca las etapas del placer. El tiempo que transcurre entre la muerte del ser amado y el momento en que sabemos esa muerte, se lleva consigo tanta pena como días han transcurrido. Lo que sobre todo hay que temer es el primer golpe del dolor: entonces el corazón se desgarrar y recibe una herida, de la que no sanará nunca. Pero ese golpe no tiene su fuer-

za contundente y a veces mortal sino cuando hiere en el instante mismo a su víctima, o por mejor decir, a raíz del acontecimiento. Cada hora interpuesta mella su aguijón, menoscaba su eficacia. Una muerte sucedida hace algunas semanas no tiene el mismo aspecto que la que se anuncia el día mismo en que ocurre; y si algunos meses la encubren, ya no es una muerte sino un recuerdo. Ya sea que esos meses transcurran antes o después de que la sepamos, los días que nos separan de ella obran casi igualmente. Ellos alejan de antemano de las miradas y del corazón el cegador horror de la pérdida, la rechazan preventivamente, poniéndola fuera del alcance de la locura, en una lejanía parecida a aquella que suaviza el pesar. Forman una especie de recuerdo retroactivo que obra en el pasado como el verdadero obraría en el porvenir, y traen de un solo golpe todo lo que este último hubiera dado poco a poco, hora por hora, durante los largos meses que median entre la primera desesperación y el dolor que filosofa, se resigna y aprende a esperar.

MAURICE MAETERLINCK.



Río natal

Vuelve mi alma a vagar por las arenas
de tu ribera gris ¡oh patrio río!
y tu rumor adormirá mis penas
y el torcedor de mi profundo hastío.

Miro correr tus aguas transparentes,
coronadas de trémulas espumas;
y en un ancho raudal de tus corrientes
mojan dos garzas sus brillantes plumas.

Sueño en mis dulces días del pasado
y me veo en tus ondas sumergido,
por tu música agreste acariciado:

y serenas imágenes de amores
turban mi triste corazón herido
aspirando el perfume de tus flores.

FROYLAN TURCIOS.

Griegos excepcionales

(Versión de Luis Casanovas)



EN Grecia los espíritus profundos y serios constituían las excepciones; el espíritu del pueblo tendía, al contrario, a considerar más bien lo serio y profundo como una especie de deformación. Tomar prestadas las formas del extranjero, no crearlas, pero transformarlas hasta hacerlas revestir la más bella apariencia—tal es la característica griega: *imitar*, no para utilizar, sino para crear la ilusión artística, hacerse siempre de nuevo maestro de lo serio impuesto, ordenar, embellecer, allanar así sucede desde Homero hasta los sofistas del tercero y cuarto siglos de nuestra Era, en lo que todo es exterior, todo son palabras pomposas, gestos entusiastas, dirigido todo ello solamente a las almas vacías, ávidas de artificio, de resonancia y de efectos.—¡Y, al lado de esto, apreciad en su eterno valor a aquellos griegos excepcionales que crearon las ciencias! ¡El que de entre ellos relata, relata la historia heroica del espíritu humano!

FEDERICO NIETZSCHE.



Los retratos



Si os asomárais a mi alma como a una estancia profunda, veríais cuánto la entenebrece e ilumina la intrincada galería de los Desconocidos... Figuras incógnitas que, acaso, una sola vez en la vida pasaron por mi lado sin mirarme, y están fijas allá dentro como clavadas con astros.

DELMIRA AGUSTINI.

Derechos reservados

Página antigua

(Versión de Cristóbal Litrán)

La Venus púdica de las primeras edades tenía un carácter más sagrado que la cortesana deificada que reinó en los altares cuando Praxiteles hubo hecho caer con los pliegues de su túnica ese aire de contención que revelaba aun la diosa. Así se concibe que por un sentimiento muy común en las épocas de decadencia religiosa, los devotos de los últimos tiempos del paganismo hayan sido sobrecojidos de una admiración retrospectiva por las formas rígidas del arte hierático. En nuestros días, el arte grosero de la Edad Media parece también a muchas personas la verdadera forma del arte religioso: no se puede negar, en efecto, que el misterio cristiano, en tanto lo es, no sea mucho mejor comprendido por Giotto y el Perugino que por Leonardo de Vinci y Ticiano. M. Crenzer exagera, sin embargo, una idea justa en cierto modo, cuando ve una decadencia, en contrasentido sacrílego, en la transformación por la cual se despojó a los dioses de su significación física superior para hacer de ella personajes puramente humanos. Sería fácil demostrar que, aun bajo el punto de vista religioso, fué aquel un verdadero progreso. Fidias no era un impío como se quisiera hacer creer, porque buscaba en su propio pensamiento y no en la tradición el tipo de su Júpiter. Testigos respetables nos atestiguan lo contrario, que esta modificación del arte correspondió a un renacimiento religioso y contribuyó a avivar la piedad de las almas. Se reputaba desgraciados a los que morían sin haber visto la imagen de Júpiter Olímpico, y se creía que a su iniciación religiosa le faltaba algo porque no habían contemplado la más alta realización del ideal. ¿No es la forma humana lo más expresivo de los símbolos? ¿Se dirá que los *canopes*, los dioses vasos, los enanos fajados de la edad cabírica eran más significativos que los dioses brotados del cincel de Praxiteles y de Fidias? Hay que recordar, por otra parte, que Grecia apreciaba, entre las formas humanas y las ideas puras, mil analogías que se nos escapan y que haciéndole falta el sentido de la naturaleza real todo se transfiguraba a sus ojos en seres vivos. El país que elevó a Felipe de Crotona al rango de los semidioses, porque era el más bello de los hele-

nos de su tiempo, es el mismo que para designar la campiña, representaba un fauno; que para significar una fuente, en vez de sombra, de agua y de verdura, figuraba una cabeza de mujer con peces alrededor de la cabellera, y que no encontraba mejor epíteto que dar a un río que el de *xafñinaplevos* (a las bellas vírgenes), en vista de la limpidez de sus aguas, las cuales en su imaginación se transformaban en lindas muchachas.

ERNESTO RENAN.



Escherzo

Un hidalgo de amor a la antigua
a su reja llegóse a cantar.
Traía en el alma las brumas del norte
y el fuego en las venas de lumbre solar.

Bajo el palio de luz de la luna
con voz clara y fina cantó el trovador:
—Ven, si quieres, conmigo a la tierra
lejana que alegre mi cuna meció.
Yo te ofrezco mis costas de plata,
mis lagos cerúleos, mi pálido sol.»

I a la luz de la luna más linda
que coplas de amores oyera cantar,
la muchacha del trópico dijo
al canto nocturno del triste juglar:

—A la tierra me parto contigo
en donde tu cuna feliz se meció.
Por seguirte abandono mis palmas,
mis noches de estrellas, mi cielo y mi sol.

I a favor de la luz de la luna
más linda que amores oyera cantar,
se partieron los dos a la tierra
que está al otro lado del cálido mar.

EMILIA BERNAL,
Derechos reservados

La estatua

(Versión de José Manuel Poredu)

Escultor: vengo a que esculpas mi estatua. Yo he inmortalizado mi alma en canciones que nunca olvidarán los hombres. Ahora quiero que tú inmortalices mi carne.

Por eso necesito que me esculpas desnuda, porque solo las líneas de mi carne son mías, y porque tengo inefables secretos que merecen ser imperecederos.

Pero compréndeme, escultor, para que no me concibas semejante a las amorosas que no tuvieron otro don que su cuerpo.

Concíbeme a mí como un pensamiento, como un puro y noble pensamiento; ilumíname el rostro de luz íntima, y esculpe las líneas de mi cuerpo, castas, ingravidas, leves e interiores, cual si fueran los contornos de un alma.



Mercaderías raras

El mercader subrepticio llegó, tardía la hora, con su extraña carga de objetos insólitos, pequeños adminículos y substancias desconocidas.

En torno del mercader nos agrupamos, ansiosas, las amigas, y cada una tomó para sí el objeto que faltaba a sus necesidades.

Yo escondí entre los dedos algo que quise ocultar a los ojos de todas, aún a los ojos de las más perversas y las más locas.

Y apenas se fué el mercader subrepticio yo corrí a ocultarme en el más secreto rincón del albergue, y acaricié con los ojos, con los labios, con el olfato, entre mis dedos trémulos, el extraño adminículo, hasta que perdí el conocimiento.

ALMA RUBENS.

La voz amada

.....

Ella acercóse al piano y ocupé la banqueta. Había yo compuesto un vago preludio para el acompañamiento de los versos que un día le dedicara, y con el que sustituimos la introducción de la música escrita por Edwig.

Inconscientemente mis dedos arrancaron los primeros compases del prólogo melódico.

—Eso es—dijome ella—eso es lo que ahora deseo cantar.

Y su voz se elevó argentina y pura, fresca y dulcísima. Los versos, envueltos en la música de su garganta, prolongábanse lípidamente en largas caricias de seda, de una delicada voluptuosidad espiritual... Deteníase al fin de cada estrofa en la máxima altura del canto, y luego descendía su voz repitiendo el último verso, con la magia seductora de una melodía imponderable. En un silencio de asombro, sin respirar apenas, los hombres y las mujeres escuchaban aquella canción extraña y encantadora, en el que todo su ser se concentrara en su acento. Así, toda su alma palpitante se difundía en el ritmo sonoro, resplandeciendo y ondulando apasionadamente en los vocablos armoniosos. En la angélica interpretación de la letra y la música había más intensidad de emoción y más lírico ensueño del que Edwig y yo esperáramos al arreglar, ella los sonidos y yo las palabras. Mis versos, pálicos y simples, aún transparentando vagamente una ternura profunda, encendíanse de pasión extrahumana en la boca divina de mi amada.

FROYLÁN TURCIOS.

